

Jesús Delgado

LECTURA LATINOAMERICANA DEL EVANGELIO DE SAN MARCOS

Notas Preliminares

Ofrecemos este estudio, que pertenece a una serie de lecturas bíblicas que pretendemos publicar, en el intento de encontrar un característico modo de leer la Biblia desde nuestra propia situación. El principio fundamental que nos guía es el siguiente: **la revelación de Dios y de su Palabra acaece en la historia concreta de los hombres. La Palabra de Dios no es, pues, una palabra metafísica si con esto se entiende algo que trasciende lo real e histórico y que puede tener sentido sin esta concreción. La Palabra revelada, toda la Biblia, no puede ser entendida si el lector descuida la concreción histórica desde donde emerge la revelación antes de ponerse por escrito. Por esta razón se habla de una Historia Santa o, también de una historia de la salvación.**

Si tal es la revelación, un compromiso de Dios con los hombres en el quehacer mismo de los hombres para liberar al hombre del pecado, entonces creemos que no tenemos otro camino para comprender la Palabra de Dios: **es el camino del compromiso con nuestra propia realidad histórica, con el hombre que vive dentro de esa realidad, con todas las implicaciones de gracia y de pecado.**

Hay, entre los que se interesan en la Biblia, los científicos que reciben el nombre de exegetas. Estos se esmeran por indagar los tiempos recónditos y la historia de la cultura y de las religiones antiguas que dieron marco a la revelación. Este estudio es fundamental. Pero no creemos que finalmente sea lo más fundamental. Lo ultimamente necesario en esto de la lectura de la Biblia es hacer vigente hoy en nuestra propia historia la Palabra de Dios. Ahora bien, si Dios y su Palabra se nos revelan en el compromiso liberador (Exodo 3,7-15; Juan 1,14; Marcos 1,14-15), se sigue que la palabra de Dios será comprendida solamente, cuando el lector ponga la medida del compromiso, en su propia situación histórica.

Esta es nuestra convicción y este es nuestro principio, el que nos guía en esta tarea que hemos emprendido de ofrecer a nuestros lectores una serie de lecturas de la Biblia desde nuestra concreta situación histórica latinoamericana, cuajada de la gracia de la esperanza, pero igualmente cargada del pecado de la injusticia.

El evangelio de Marcos

Del punto de vista científico, el evangelio de Marcos es considerado como el más

auténtico testigo de lo acaecido en la vida de Jesús. Es entre los evangelios el documento más antiguo, y es el que mejor nos ofrece una visión de lo que realmente acaeció en los tres años de vida pública de Jesús. Es esta la razón por la que lo hemos escogido para esta lectura latinoamericana.

Los exegetas están de acuerdo en afirmar que la visión de Marcos no es la de un historiador ni la de un biógrafo. Es más bien un testimonio de fe. Y este testimonio de fe se profesa con la ayuda de los hechos y los dichos de Jesús. Sin embargo, la documentación que Marcos posee es la más valiosa, aún del punto de vista histórico. Y la exposición que él nos hace del andamiaje de la vida de Jesús es, según opinión de todos los exegetas, la más aproximada de la realidad. Tan es así, que los otros evangelistas respetan seriamente las etapas en que Marcos divide la vida de Jesús durante los tres años de predicación.

Estas tres etapas son las siguientes: 1.- En primer lugar, Jesús se dedica a predicar en Galilea y alrededores (Marcos, capítulo 1 al capítulo 8,26): se caracteriza este período de la vida de Jesús sobre todo por el éxito rotundo que tiene ante las muchedumbres. Se respira en esta primera parte una euforia de liberación popular. Pero detrás de todo esto se perfila la imagen de los fariseos y herodianos que se inquietan y preparan una trampa a Jesús. 2.- La segunda etapa, se caracteriza por la ausencia de las muchedumbres, que concurren muchísimo menos; en cambio, Jesús se dedica a instruir a los discípulos. Y lo más característico de esta etapa es que Jesús se decide a marchar abiertamente hacia Jerusalem a sabiendas de que peligrará su vida. Esta etapa de la vida de Jesús se extiende del capítulo 8,27 al capítulo 10,52. 3.- Viene por fin la tercera etapa que es el desenlace del compromiso público de Jesús: la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús: Marcos 11 a 16.

Visión de conjunto de nuestra lectura

En esta lectura se respetan aquellas tres etapas de la vida de Jesús. Sin embargo, hacemos una división más en detalle de alguno u otro de esos tres períodos.

El hilo que nos guía en toda la lectura es la actitud fundamental que caracteriza la vida pública de Jesús: poner en crisis una situación de pecado y al hombre que es su víctima.

He aquí sucintamente nuestra división:

Prólogo (Marcos 1,13-14)

Aquí aparece claramente cuál es el planteamiento del mensaje del Evangelio de Jesús. Queda definido el evangelio de Marcos como el evangelio de la esperanza y del compromiso.

Primera Parte (Marcos 1,16 a 8,26).

Esta parte lleva como título: **Un pueblo que va tras de Jesús, sin Jesús.** En ella hacemos ver cómo Marcos nos brinda el triste panorama de la esperanza judía de liberación. Una esperanza alienada y tremendamente enmascarada por una ausencia total de compromiso. En el confronto con este modo de esperar la liberación, Jesús es, por sus palabras y sus hechos, una crisis y un cuestionamiento de esta esperanza judía alienada y enmascaradora.

Segunda parte (Marcos 8,27-33)

Esta parte lleva como título: **Primera alternativa fundamental: Jesús o los Profetas.** Hacemos ver cómo el evangelista Marcos pone de manifiesto el nudo de la cuestión en lo que a la esperanza judía de liberación se refiere. Es una esperanza alienada y encubridora de ausencia de compromiso porque hacen de Jesús un mito, lo desencarnan, le dan una

figura aureoleada, le creen un profeta resucitado con poderes sobrenaturales capaces por ellos solos de liberar al pueblo, sin el compromiso del pueblo.

Tercera Parte: (Marcos 8,34 a 10,52)

Esta parte lleva como título: **El discípulo tras de Jesús, sin la cruz.** Esta parte es la correspondiente a la primera parte, pero a otro nivel. Marcos nos ofrece diversas estampas, todas llevan a un mismo punto: el seguimiento de Jesús, sus diversos modos y la crítica de Jesús frente a esos seguimientos. El punto clave en este momento es la decisión irrevocable de Jesús de marchar hacia la cruz y la urgente necesidad del discípulo de seguirlo, desenmascarando actitudes tramposas de seguimiento. El criterio que ha de desenmarañar esas engañosas formas de seguimiento es la cruz, como compromiso liberador.

Cuarta parte: (Marcos 11,1 a 15,32)

Esta parte lleva como título: **Segunda alternativa fundamental: la cruz o la espada.** Y como puede notarse, es una parte que corresponde, paralelamente, a la segunda, pero de nuevo a otro nivel. Aquí, el discípulo y seguidor de Jesús ve la necesidad de asumir una forma de poder en medio de una sociedad que hace imposible la liberación. La cuestión es de saber ¿qué tipo de poder hay que asumir para la liberación? Marcos nos brinda algunas formas de poder y nos presenta de nuevo la actitud crítica de Jesús. A lo largo de esta crítica de Jesús aparece, como para el seguimiento, la necesidad de hacer efectiva en el compromiso y en el poder, la realidad de la cruz liberadora.

Quinta parte: (Marcos 15,32 a 16,8)

Por fin, en esta última parte se nos da el meollo mismo de todo el mensaje liberador y del evangelio de Jesús: la cruz y su sentido liberador para el hombre que vive bajo la opresión de la injusticia. El título que lleva esta parte es: **La justicia de la cruz: Esperanza comprometida y liberadora.**

Ofrecemos este estudio a todos aquellos que trabajan en la obra liberadora, para que Jesús ilumine su quehacer; para que no se sientan solos en la tarea; para que encuentren sentido a su propia crisis y para que pongan en crisis su propia esperanza.

Introducción: El evangelio de la esperanza liberadora

Marcos 1, 13-14

En el pórtico mismo de la misión de Jesús, el evangelista Marcos, enclava una muy conocida frase profética y con ella formula el plan liberador del evangelio de Jesús:

“Se ha cumplido el tiempo
está cerca el Reino de Dios
arrepentíos
y creed en el evangelio”

Encontramos en esta formulación dos características dominantes de la predicación y de la obra liberadora del evangelio de Jesús: por una parte, la liberación evangélica se sitúa dentro de la esperanza y como cumplimiento de ella, “se ha cumplido el tiempo”; por otra parte, el cumplimiento de lo esperado implica para el hombre una actitud efectiva de compromiso, “arrepentíos y creed”.

“se ha cumplido el tiempo”: esperanza

El evangelio de Marcos está cuajado de esperanza. La predicación de Juan Bautista

(mc.1,7); el correr de las muchedumbres tras de Jesús, (mc.1,30.40) para ser curados; y el correr de las muchedumbres para aclamar en Jesús el libertador esperado (mc.3,7-11), esta esperanza adquiere todo su vigor simbólico en el ciego que desea ver la luz (mc.10,46-52). El grito de este ciego es el grito de todo el pueblo judío. Efectivamente, es un grito que se oye momentos antes de que las muchedumbres vitoreen a Jesús en su triunfal entrada en Jerusalem.

“creed y arrepentíos”: compromiso

Sin embargo, hay algo que el pueblo judío parece no querer comprender. Y es que la entrada de Jesús en Jerusalem no puede ni debe ser separada de la lógica de toda su vida pública.

¿Qué fue la vida pública de Jesús sino un reto público al pecado en sus formas alienantes y estructuradas? Continuamente se afronta Jesús con aquellos que están al frente de estas estructuras para cuestionarlos publicamente. Jesús predica y anuncia la liberación, pero haciéndola efectiva por una actitud comprometida en el confronte de todo aquello y de todos aquellos que contribuyen de un modo u otro a hacer efectiva la opresión del pecado. Así, la entrada de Jesús en Jerusalem es el reto definitivo a esa opresión. Publicamente entra Jesús a una ciudad en donde radican las estructuras opresoras y aquellos que las sustentan: Herodes, los Fariseos, Pilatos...

“Arrepentíos y creed en el evangelio”, es un llamado de Jesús para que el pueblo sacuda el letargo de una situación pasiva de aceptación de estructuras opresoras de pecado. Por su propio ejemplo Jesús llama al compromiso. Porque la situación alienante no puede seguir más reinando. No es posible seguir esperando cuando se está en una recámara de gas. ¡El tiempo de pasar a la acción ha llegado! ¡No más esperanza suspendida! ¡Ahora es la hora de la esperanza comprometida!

**PRIMERA PARTE: Un pueblo que va tras Jesús — sin Jesús
o la esperanza alienada de los judíos
criticada por el compromiso de Jesús.
(Marcos 1,16 a 8,26)**

En esta primera parte del evangelio de Marcos aparecen con claridad las implicaciones de una esperanza alienada, la esperanza de los judíos. Y frente a ella, se nos habla del compromiso de Jesús como la esperanza que libera el grito de esperanza de un pueblo cuya garganta está ahogada y oprimida por el pecado.

I.-La esperanza judía, una esperanza alienada

Hay un gravísimo peligro, cuando se lee el evangelio y que consiste en leer los milagros de curación y otros, como si la enfermedad, la miseria y el hambre de un pueblo están ahí solamente para que aparezca el poder divino y sobrenatural de Dios.

Lo primero de todo es que el hambre, la enfermedad y la miseria están ahí y, lo segundo, es preguntarse “¿por qué hay enfermedad, hambre y miseria? Lo tercero es ver qué actitud tiene Jesús ante una situación alienante.

Enfermedad

Nos llama la atención cómo en un evangelio tan reducido, como es el evangelio de Marcos, se nos dé noticia sobre un número relativamente impresionante de enfermos y lisiados (mc.1,23.30.34.40; 2,3; 3,1.10-11; 5,1 s.; 5,23.25; 6,55; 7,25.32; 8,22; 9,17; 10,46 ...). Sin exagerar podemos afirmar que Marcos nos da cuenta de la situación totalmente marginada del pueblo judío en tiempos de Jesús. Un pueblo escogido por la

miseria, la pobreza y la enfermedad. Hombres que no tienen recursos para poder curarse. Mendigos que pululan por las calles y plazas públicas, mendigando "un algo" para poder remediar sus males... enfermos que se dejan lamer sus llagas por los perros para alentar el mal de sus heridas... ¿Cómo no podía compadecerse Jesús de una situación tan desoladora? ... "Profundamente compadecido"... (mc.1,41) escribe Marcos.

Hambre

Los críticos exegéticos están cautivados porque Marcos nos ofrece dos narraciones sobre la multiplicación de panes y se preguntan si es la misma o si son diferentes (mc.6,30-46; 8, 1-10). A nosotros también nos llama la atención, pero por otro rubro. Nos parece que esta doble narración de multiplicación de panes, que sea la misma o que sean dos diferentes, manifiestan un estado alarmante de hambre en tiempos de Jesús. Si se trata de una misma multiplicación de panes, hay una explicación para que Marcos la haya repetido, a sabiendas de que en tiempos de Jesús había un hambre terrible que cundía entre el pueblo, motivando robos, asaltos y hasta sublevaciones populares. Si se trata en cambio, de dos narraciones diferentes se está confirmando la presencia del hambre que empujaba al pueblo a seguir a Jesús hasta regiones lejanas y desérticas con tal de tener algo de qué comer. En situaciones semejantes no era remoto que las muchedumbres siguieran a Jesús repetidas veces y que otras tantas Jesús les haya dado de comer.

El miedo

En situaciones de miseria, hambre y enfermedad, ¿cómo es posible guardar el orden si no es recurriendo a la fuerza opresora y violenta, a la represión y a la violencia de la libertad y los derechos más vitales?

En tiempos de Jesús, escribas y fariseos unidos a la guardia de Herodes, eran los encargados de mantener la vigilancia policíaca. Ellos estaban por todo lado, tendiendo la oreja hacia todo rumbo de donde soplara viento peligroso para el orden establecido (mc.2,6. 16.18.24; 3,2.6 (!); 3,22 ...). A veces y para estar más seguros de esta vigilancia, las autoridades de Jerusalem enviaban sus propios espías y orejas (mc.3,22; 7,1).

La presencia de estos elementos represivos del orden, parásitos de un pueblo alienado y arrimados a una estructura alienante, infundían miedo entre las muchedumbres y, mucho menos, respeto a la autoridad. Sobre este punto tenemos una noticia del evangelio de Marcos que lo ilustra maravillosamente. Sabemos que las muchedumbres siguen entusiastas a Jesús durante los primeros meses de su predicación pública. Sin embargo, llega un momento en que estas muchedumbres empiezan a desaparecer y confluyen menos. ¿Por qué? La respuesta la encontramos en Mc. 3,6: porque "los fariseos se reunieron con los herodianos y tomaron la determinación de acabar con Jesús".

Inmediatamente después de este versículo seis, Marcos nos da un cuadro maravilloso que recuenta lo que hasta entonces había sido la actividad de Jesús y su éxito con las muchedumbres (mc.3,7-11). Pero desde ese momento para allá las cosas cambiarían paulatinamente. Habrá muchedumbres que vendrán todavía a Jesús, pero será en tierras lejanas del radio de influencia vigilante de los fariseos y herodianos.

Una esperanza alienada

Los judíos esperaban siempre, y a pesar de todo, su liberación. Desgraciadamente esta esperanza la vivían en situaciones de opresión; y en lugar de hacer efectiva su esperanza, la enmascaraban.

El entusiasmo con que las muchedumbres siguen a Jesús no es sino una forma de enmascarar las exigencias de la esperanza liberadora. San Marcos no pasa por alto esta nota de entusiasmo popular; tuvo que ser tan verídica como el hambre, la pobreza y la miseria de aquel pueblo (mc. 1,33-34; 2,2; 3,7-10; 6,53-54 ...). Sin embargo, si esta situación alienante era desconsoladora, peor era que los judíos rehuyeran encararla. Porque aquel correr tras de Jesús manifestaba una voluntad alienada de encontrar solución a su problema por el remedio que le daba o esperaban le diera una persona a quien ellos aplaudían con entusiasmo febril. Además, en lugar de hacer de su miseria una causa común, cada uno buscaba remediar su propio mal. Y así venía a resultar que la primera manifestación de la esperanza alienada era el individualismo (mc.2, 3-4).

Jesús manifiesta su sorpresa amarga frente a estas formas de individualismos: la gente que compone esa muchedumbre y que corre tras de él, se parecen a ovejas que corren sin pastor (mc.6,34). Hambre y miseria causaron angustia a Jesús (mc.8,2), pero, finalmente, ¿no estaba dando de comer a un tropel de gente sin conciencia alguna de un sufrimiento común, sin conciencia alguna de su situación alienante? ¿Qué valor liberador tenía dar de comer a una turba? (mc.8,6). El hambre también alienaba la esperanza en la liberación, porque en definitiva, para aquella gente, robar para comer, matar para comer y seguir a una persona poderosa, como Jesús, para comer, no pasaba de ser lo mismo.

Los judíos tenían atada la esperanza en la liberación no solamente por el individualismo y la carencia de conciencia común de una situación alienadora, sino también por la aceptación tácita de estructuras de poder que en nada remediaban esos males. El miedo de los judíos a las autoridades represivas era más fuerte que su esperanza en la liberación. Es verdad que difícilmente se puede esperar la liberación cuando se tiene la soga al cuello, pero también es verdad que la esperanza se pierde totalmente cuando el pueblo se pone él mismo la soga al cuello, siguiendo el juego de los opresores. Entonces se comprende que el pueblo llegue a decir, como aquel endemoniado víctima de la opresión violenta del mal, “no me atormentes” (mc.5,7).

Esperanza sin compromiso

Marcos 5,1-20

No hay quizá en todo el evangelio de Marcos una estampa tan elocuente como esta del endemoniado de Gerásá, en la que nos describe el estado de opresión alienadora del pueblo como si fuera un hombre poseído por el demonio. La posesión demoníaca es sin duda alguna, la más aproximada imagen de lo que es un pueblo oprimido.

Bajo la posesión del demonio un hombre pierde su propia voluntad, pierde su libertad, deja de ser hombre. Y nos dice Marcos, que este hombre había sido marginado por la sociedad, porque le consideraban hombre peligroso. Viviendo en su estado de marginación, el hombre tenía que poner su morada en las afueras de la ciudad, en lugares baldíos. Allí vivía como un loco, víctima de sus enfermedades, de sus miserias. Varias veces le habían puesto cadena, para intentar mantenerlo quieto por la violencia de la fuerza.

¿Qué mejor imagen de un pueblo olvidado y oprimido? El pueblo judío vivía sin poder vivir su libertad, vivía vegetando y mendigando las migajas que caían de la sociedad de los fuertes. Había sido marginado. Se debatía en la miseria y estaba continuamente encadenado por las fuerzas represivas del orden.

Escribe, el evangelista Marcos, que cuando el endemoniado de Gerásá vio venir a Jesús y presentía su liberación, se puso a gritar desafortadamente. Y cuando Jesús se hace presente para liberarlo de la opresión del demonio sale de su garganta el tremendo grito “no me atormentes” (mc.5,7).

Aquí también se dramatiza la situación de un pueblo oprimido. Asediado por el hambre y la miseria, acostumbrado a vivir bajo la dependencia y la opresión, un pueblo llega a perder el gusto de la libertad. Y cuando el momento de la liberación llega, entonces hambre, miseria, desnudez parecen ser mejor que comprometerse en la aventura de la liberación.

Aquí tocamos el fondo de la cuestión referente a la esperanza judía de su liberación. Ellos esperaban una liberación como servida sobre bandejas. Toda su esperanza mesiánica, sea cual fuere la forma que cobrara en su teorización, estribaba en la venida de un hombre poderoso y fuerte que les libraría del yugo opresor. Este libertador debía de dar la cara por todos. Así resultaba que las múltiples formas mesiánicas de esperar al libertador, venían a ser como semillas que caían unas sobre el camino, otras sobre pedregales y otras sobre zarzales (mc.4,1-20). Y, finalmente, la liberación esperada, aunque no dejaba de ser esperanza, era sin embargo una esperanza encendida pero puesta debajo de la cama o del celemín (mc.4,21-23). En fin, los judíos habían olvidado que la medida de la liberación se la da la medida del compromiso: porque, en la medida que el hombre se compromete, en esa misma medida merece su liberación (mc.4,24-25).

El pueblo judío sabía de verdad lo doloroso que es esperar la liberación bajo el yugo de la opresión, encadenado por la violencia y doblegado por la miseria, el hambre y la enfermedad. Sin embargo, cuando se hace presente Jesús, para liberarlos, entonces se resiste a cooperar con él en la liberación. Parece que aquel sufrimiento resulta en definitiva más llevadero que la aceptación del compromiso en la lucha liberadora.

El compromiso liberador es lento, arduo, difícil y sacrificado. Exige una tan fuerte dosis de esperanza como una fuerte dosis de abnegación. El compromiso liberador resulta ser como la buena semilla que cae en buena tierra y que da su buen fruto después de un largo proceso de maduración, y solamente después que "se ha podrido", es decir, se ha comprometido (mc.4,26-29). La parábola de la semilla simboliza muy bien el compromiso liberador; pero, mejor aún, lo atestigua Juan el Bautista, el hombre comprometido que vivió el proceso de la semilla hasta terminar en el patíbulo de los torturados por causa de la liberación (mc.6,14-29).

Sin embargo, el pueblo judío no parece entender este lenguaje del compromiso. Basta que Jesús ponga un acto liberador, para que las muchedumbres salgan por todas las calles y barrios gritando entusiastamente (mc.1,27-28; 1,45; 2,12; 5,20 ...). Definitivamente, es mucho más fácil vitorear y divulgar alegremente el nombre de aquel que se compromete en la liberación y no, comprometerse uno mismo personalmente (mc.6,1-6).

II.- Jesús, crisis para una esperanza alienada

La imagen que Marcos nos da de Jesús, teniendo como trasfondo una situación social marginada, no es la de un demagogo que levanta el ánimo de los pobres para que estos a su vez actúen violentamente contra sus opresores. Más bien, la imagen de Jesús se va perfilando como la de un hombre profundamente vinculado con la miseria del pueblo y por ello, cobrando conciencia tanto de la opresión como del estado alienante de la esperanza judía.

Por encima de todo San Marcos nos ofrece la imagen de un Jesús que pone en crisis la esperanza de los judíos.

Mc.1,36-38: Crisis de la esperanza del discípulo.

Los que acompañaban a Jesús en su viaje de predicador, parecían complacerse del éxito que tenía el Maestro entre la muchedumbre. Pedro, por ejemplo, corre en busca de Jesús para complacer a las muchedumbres, porque "preguntaban por él" (mc.1,36 s.).

Jesús, en cambio critica su entusiasmo y le dice: “vamos... para que yo pueda predicar, pues para esto salí”.

Jesús se da paulatinamente cuenta, y quiere que sus compañeros de viaje también se den cuenta, de que él no había salido a la vida pública para complacer las muchedumbres entusiastas, ni para remediar males y dolencias. La labor de Jesús está en la **predicación de la palabra**, es decir en una obra de la línea concientizadora, ayudando al pueblo a tomar conciencia de su estado alienante, despertándole y sacudiéndole del letargo provocado por la aceptación sumisa y tácita de un estado de opresión de pecado que carcome desde su interior la esperanza misma de la liberación.

Mc.1,44: Crítica de la esperanza “bien intencionada”

Nadie podía honestamente calificar de mal intencionada la reacción del pueblo judío, cuando proclamaba a cuatro vientos el nombre de Jesús, las cosas buenas que él hacía y su fama de elocuencia. Es más, podemos decir que no podía esperarse otra reacción de un pueblo cuyas esperanzas estaban puestas en un hombre poderoso que les libraría de la opresión.

Pero Jesús cada vez reacciona a ese entusiasmo imponiendo silencio (mc.1,44; 5,43; 7,35). Este imperativo del silencio es la respuesta crítica de Jesús que no acepta ese modo judío de esperar la liberación. La postura de Jesús fue tenaz e irrevocable. Tanto más tenaz cuanto que los judíos trataban de rehuir toda responsabilidad personal en este asunto de la liberación. Sin embargo, no debió ser cosa fácil sacar al pueblo de su modo de esperar la liberación, porque, nos dice Marcos, que cuanto más Jesús les imponía silencio tanto más las muchedumbres se empeñaban en divulgar el nombre de Jesús alabándolo públicamente (mc.7,36)

Mc.8,11-12: Crítica de la esperanza “mal intencionada”

No solamente los enfermos pedían favores a Jesús. También los fariseos y sus secuaces lo hacían por otros motivos.

Los fariseos eran los sustentadores de la esperanza mesiánica y la sustentaban en el sentido de una liberación que debía de esperarse como caída del cielo, llevada a cabo por un enviado de Dios, que vendría apocalípticamente con poder y majestad a entablar la lucha contra los poderes opresores. Sabían muy bien los fariseos, que con este tipo de esperanza mantenían al pueblo en la pasividad. De modo que la predicación liberadora de los fariseos resultaba un eficaz sedante para mantener al pueblo doblegado y sumiso. La esperanza mesiánica de liberación predicada por los fariseos cifraba en esto: “mientras llegaba el Mesías...”!

Pero sucede que la presencia de Jesús y su actividad que manifiestamente hacía realidad la profecía de Isaias (mateo, 11,2-6), complicó la cómoda situación de los fariseos. Si alguien no podía alegrarse del advenimiento de la liberación eran precisamente los fariseos, que ya se habían hecho su situación social dentro de un régimen opresor. Y si el fariseo se interesa en preguntar a Jesús, en oírle hablar, en ver sus milagros y prodigios, no es por otra cosa sino para sondear el pensamiento de Jesús (mc.2,6.16.24; 3,22), para tenderle una trampa (mc.2,18; 3,2). Todo esto enmascarado en las apariencias de un interés real por Jesús, al pedirle ellos también un “signo” (mc.8,11).

Jesús sabe dónde está el foco que alimenta la esperanza alienada del pueblo judío: en la tendenciosa, parasitaria, vividora y alienante actitud autoritaria de los fariseos. Por esto mismo, la actitud de Jesús es una severa crítica tendiente a desenmascarar los falsos sentimientos de esta clase motivadora de miseria: “a esta generación no se le dará un signo”! (mc.8,12). Esta frase de Jesús va preparada por el famoso “en verdad os digo”,

de los profetas, sellando de este modo su respuesta a los fariseos de la interpelación o desenmascaramiento de actitudes humanas ambiguas.

Así, Jesús debía de sostener una tenaz actitud de crítica para con esta clase encubadora de opresión. Contra los escribas (mc.2,6), contra los fariseos (mc.2,16), contra los herodianos (mc.3,6), contra los sumos sacerdotes (mc.11,18). Todo el capítulo 7 de San Marcos es un ejemplo del lenguaje profético de Jesús frente a las autoridades que mantenían un orden degradante para el hombre.

La esperanza de Jesús: una esperanza revolucionaria

En definitiva, cada día Jesús avanza en su obra liberadora, se da mejor cuenta de que es imposible liberar a los hombres que viven aceptando la convivencia "pax romana", donde todo mundo se entiende "a pesar de" las diferencias marcadas. Se da también cuenta Jesús, de lo difícil que es liberar al hombre que vive enmarcado por estructuras que le oprimen. Por esta razón lanza Jesús el grito revolucionario contra estas estructuras, cuando dice: "a vino nuevo, odres nuevos" (mc.2,22). Porque, si se quiere llevar a cabo la liberación con estructuras malgastadas, se malgastará también la energía que se pone para liberar al hombre. Y aquí viene otra divisa revolucionaria de Jesús: "las estructuras deben ser para el hombre y no el hombre para las estructuras" (mc.2,27).

SEGUNDA PARTE: Primera alternativa fundamental: Jesús o los Profetas.

Marcos 8, 27-33

El pueblo judío enmascaraba su falta de compromiso con una esperanza entusiasta y alegre. Pero a la larga, este enmascaramiento acarrió otro mucho más fundamental: el enmascaramiento de la promesa misma de la liberación. Y así, la esperanza del cumplimiento de la promesa se torna ideología para la liberación, escondiendo la propia realidad de esta.

I.- La promesa de liberación como ideología

Jesús pregunta a sus discípulos "quién dicen los hombres que soy yo?" (mc.8,27). Y los discípulos responden, en nombre del pueblo alienado. En suma, la respuesta de los discípulos traduce la utopía de la esperanza del pueblo.

Es sabido que un pueblo que vive bajo la miseria y la opresión, propende a ver las cosas en negro, bajo aspectos sombríos. Las historias y los cuentos populares, la letra que acompaña las canciones y otros tantos reflejos de su mentalidad lo patentizan. Su vida la viven como bajo la sombra de espectros invisibles, fantasmas, temores personificados por la imaginación. Así, sumergidos en esa mentalidad, la esperanza de liberación se representa, antitéticamente, como sumergida en luz, esplendor y poderío; se la representa como la obra de un hombre superpoderoso. Y en el caso del pueblo judío, esta representación viene enmarcada dentro de las representaciones apocalípticas tan en moda en tiempos de Jesús.

Por su parte, las autoridades del orden y de la represión hacen lo posible para mantener esa ignorancia fantasmagórica. Porque mientras el pueblo siga soñando en una liberación espectacular no hay peligro real para el orden establecido. Es más. Si la gente propende a mitificar a aquellos hombres que prometen liberación, las autoridades cooperan en ese sentido, mandando matar a esos hombres; poniéndolos "fuera de circulación". De este modo allanan una dificultad y agradan al pueblo dándoles un "mártir" más, un "héroe" más... un elemento más para su utópica esperanza.

Los discípulos responden: "unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas".

Juan Bautista. Un hombre respetado y muy querido por el pueblo. Su palabra liberadora, dura y exigente, veraz y justa despertaba la esperanza de los que realmente esperaban la liberación, pero levantaba una peligrosa para los opresores. Herodes era uno de estos. Como todo burgués apreciaba las virtudes liberalmente. Apreciaba también a Juan. Pero fiel a sus virtudes opresoras, y "con todo dolor de su alma", encarceló a Juan Bautista. Y para no traicionar su honor de opresor, le mandó a decapitar. (mc.6,14-29). La política de Herodes era clara, satisfacía a los opresores, poniendo fuera de circulación a un peligroso y, al mismo tiempo satisfacía las esperanzas utópicas del pueblo, dándoles un héroe en la persona sacrificada de Juan Bautista.

Efectivamente, el pueblo pensó que Juan Bautista había resucitado en la persona de Jesús. Herodes mismo tenía que fuera así (Mateo 14,2). Manifestaba de este modo, el pueblo su esperanza alienada. Tenía necesidad de mitificar a Jesús y con ello lo estaba desencarnando, es decir, quitándole todo viso de necesidad de compromiso para los otros. Si Jesús era Juan Bautista resucitado ¿qué necesidad tenía de los demás para liberar al pueblo?

Elías fue también un hombre justo. Muy apreciado por la tradición judía. De él se decía que había sido arrebatado al cielo sin conocer la muerte. Se esperaba por consiguiente, que volviera en últimos días, en el tiempo de la liberación del Pueblo (mc. 9,11-13). También con la imagen soñada de Elías plasmó el pueblo la persona y la obra de Jesús. Si Jesús era Elías, un ser que venía del cielo ¿qué necesidad tenía de los hombres para cumplir con su compromiso de liberar al pueblo?

Jeremías o uno de los profetas, no podían hacerse presentes en la historia sino, pasando por un proceso de resurrección, lo cual implicaba una forma nueva de presencia, luminosa, esplendorosa. Una presencia por el poder sobrenatural capaz por sí solo de lograr el cometido profético que era el de acabar con la opresión del pueblo víctima de los egoísmos, envidias y avaricias de los poderosos.

Juan Bautista, Elías o uno de los Profetas, en suma para el pueblo era lo mismo. Con tal de que Jesús se amoldara a lo que el pueblo de su tiempo esperaba del libertador y cumpliera con el modo por ellos establecido para la liberación. Esta es precisamente la raíz de la alienada esperanza de los judíos: esperar una liberación sin que ellos tuvieran que comprometerse personalmente. Todo debía de suceder apocalípticamente, es decir, con la fuerza sobrenatural del libertador y sólo con la admiración y aplausos del pueblo. Las representaciones apocalípticas del tiempo de Jesús ofreció la base ideológica para la representación de esta liberación y para modelar la esperanza del pueblo, escondiendo en definitiva la realidad misma de la promesa de la liberación.

Porque, pensar que Jesús era Juan Bautista resucitado, o Elías o uno de los Profetas era precisamente revestirlo de fulgor apocalíptico. Se le estaba mitificando, es decir, despojándolo de su concreta personalidad única posibilidad para que su persona y su palabra fuera interpeladora y comprometedora. Una figura mítica, fulgurante, luminosa, esplendorosa no compromete a nadie.

Y así, la mentalidad judía podía representarse la liberación como un banquete suculento, como una multiplicación de panes en la que el pueblo se sienta tranquilo sobre el césped pastoril de la quietud, esperando que su libertador les sirva la comida liberadora del hambre y de la miseria.

En una palabra. La promesa de la liberación vino a ser una ideología, enmascaradora de la realidad misma. Jesús, carne y hueso, es transfigurado por la esperanza enmascaradora. El compromiso es eludido. Se espera sin hacer algo por lo que se espera. Y se espera lo que satisfaga la carencia de compromiso del pueblo.

II.—Jesús—crisis de la promesa encubridora

La pregunta directa de Jesús a los discípulos “¿Y vosotros, quién decís que soy yo? ”, introduce una actitud desenmascaradora.

¿Sabían los discípulos algo de compromiso? —A esto apunta precisamente la pregunta de Jesús ‘¿y vosotros quién decís que soy yo?’. Pedro responde “Tú eres el Mesías” (mc. 8,28).

El lector atento notará que, contrariamente a lo que Mateo escribe, Marcos no nos dice que Jesús haya alabado a Pedro. Mateo pretende que Jesús lo alabó por aquello de que había dicho algo revelado por Dios. Esto equivale a decir, que Pedro probablemente no comprendió lo que decía y, lo que es también probable, pudo haber pensado otra cosa muy diferente de lo que realmente Dios quería revelar por esa frase.

¿Qué podía pensar Pedro al decir “tú eres el Mesías”? —Entre todas las formas de esperanza de liberación había una, muy popular por cierto entre los judíos, que consistía en esperar un Mesías, es decir, un Ungido, es decir un hombre investido de poder real y militar, que llevaría a cabo la liberación por el poder de la espada. Si el evangelista Marcos no recuerda ninguna alabanza de Jesús para Pedro, sino, al contrario, un mandato severo de guardar silencio sobre lo que había dicho, era, muy probablemente, porque la respuesta de Pedro llevaba una fuerte dosis de esa esperanza judía de liberación.

Seguramente, la respuesta de Pedro enmascaraba también la auténtica liberación. Y no cabe duda que Pedro pensara en este tipo militar de liberación. Sabemos que la noche en que Jesús fue apresado, al ver llegar la cohorte de Herodes, Jesús había dicho, “la hora ha llegado”. Para Pedro esto significaba una hora esperada a su modo: y desenvainó su espada! (mc. 14,47). ¿No pensaban los demás discípulos como Pedro? ¿Por qué, cuando Jesús resucita, su pregunta lleva un marcado sello de mesianismo militar “¿es ahora que vas a restablecer el reino de Israel?” (Hechos 1,6)

Comprendemos ahora, por qué Jesús impone silencio a Pedro y a los demás discípulos. Es un silencio que impone, como lo hizo con todos aquellos que enmascaraban la esperanza liberadora con una forma demagógica de esperar la liberación. Todo deja entender, por consiguiente, que Jesús no acepta esta nueva forma de esperar.

¿En qué estriba el enmascaramiento de la esperanza profesada por Pedro? La pregunta tiene sentido, porque si alguna esperanza mesiánica entre todas las existentes entre los judíos, implicaba el compromiso personal de los que esperaban, era precisamente ésta. Efectivamente, si se esperaba un libertador militar y político, necesario era empuñar con él la espada y luchar hasta dar la vida por la causa, si necesario fuera. Pedro lo demostró en el huerto de Gethsemani y más de alguna vez manifestó públicamente su irrevocable decisión de ir tras de Jesús hasta la muerte.

Sin embargo, Jesús impone silencio a Pedro y todos los que le oyeron decir su confesión. Y es, este silencio, un silencio en todo semejante al que Jesús impuso a la muchedumbre. Es, pues, una reacción crítica de Jesús que manifiesta su disenter con lo dicho o con lo hecho. Pero esta vez, la actitud crítica de Jesús apunta no precisamente a la carencia o falta de compromiso sino a una actitud que se escuda con el compromiso asumido, escondiendo la auténtica realidad de la promesa de liberación.

Efectivamente, el compromiso liberador por la lucha armada o por la espada, es una lucha violenta, porque hace violencia a la vida, que depende de Dios y no de los hombres: únicamente por una entrega personal y libre de su propia vida en aras de la obra liberadora de Dios puede dar sentido liberador al compromiso. Es por esta razón que Jesús, una vez impuesto el silencio como actitud de crítica, esclarece el sentido de su actitud con el anuncio de la necesidad de su muerte en la cruz (mc. 8,31).

La reacción de Pedro al anuncio de la cruz tenía que ser violenta. Por la sencilla razón de que no respondía a ninguna esperanza mesiánica judía de liberación y mucho menos a la suya. (mc. 8,32-33). No se opone Pedro a la necesidad de morir. Sí se opone a la necesidad de morir en la cruz!

La respuesta de Jesús es todavía más violenta. Responde Jesús con una auténtica frase de exorcismo "apártate de mí Satanás!". Y critica perentoriamente toda liberación esperada con "miras humanas".

La verdad, que con "miras de los hombres", con filosofías, teologías, sociologías... se puede enmascarar sutilmente el compromiso liberador, estorbando la obra de la liberación, definitivamente posible solamente por el compromiso de la cruz. Y la razón de que Jesús adopte un lenguaje de exorcista para dar al traste con esta actitud sutil de enmascaramiento está en lo diabólico que ella contiene. Porque no hay nada más diabólico que valerse del compromiso, de la entrega del pueblo y de cada uno de sus miembros para con ello lograr una nueva forma de opresión, de miseria, de pecado. ¿Puede el compromiso y la entrega para una liberación por la violencia armada engendrar liberación? ¿Acaso la violencia no llama la violencia? ¿No es acaso diabólico pretender la liberación con las mismas armas con las que los opresores imponen la dependencia y la opresión?

La cruz y la espada

Desde este preciso momento en que Jesús anuncia la necesidad irrevocable de asumir personalmente la cruz hasta la muerte para liberar al hombre, queda exorcizada toda falsa esperanza y toda ideología de compromiso. Ni la esperanza liberadora tiene que ser enmascarada por posturas que rehuyen el compromiso, ni el compromiso tiene que esconder una falsa promesa de liberación.

Asumir la cruz, significa por consiguiente, no solamente exorcizar toda falsedad sino dar sentido práctico a la promesa. En este sentido, la decisión de Jesús que marcha hacia la cruz tiende a superar la postura profética tan anclada en el anuncio y la denuncia. Asumir la cruz significa hacer efectiva la promesa y dar autenticidad a la palabra que denuncia.

El tiempo de los profetas ha pasado. No hay más cabida a la imaginación fabulosa que sueña con el retorno de los profetas. ¡La hora ha llegado! La del compromiso práctico. La palabra anunciadora ha cumplido con su misión. Ahora es la hora de su autenticidad.

¡Ahora es la hora de la cruz!

TERCERA PARTE: El discípulo tras de Jesús - sin la cruz
o la cruz como crisis del seguimiento.
(Marcos 8,34 a 10,52)

La actitud resueltamente agresiva de Jesús frente a la espontánea reacción de Pedro, de muy buena voluntad por cierto, manifiesta a luces que Jesús no acepta más a nadie en su compañía, que no quiera seguirle **caminando con él hacia la cruz.**

El seguimiento tiene su nombre propio que es el **compromiso hasta la cruz.** Y la cruz tiene su sentido propio, que es el de hacer real y efectivo el compromiso, sacándolo de puras intencionalidades, o de intencionalidades espirituales, o de intenciones resueltamente tomadas. Porque, en esto de seguir a Jesús hay un **camino** y un camino está ahí para que se recorra, no para pensarlo. Hay un **Jesús que camina** y no un animador al borde del camino que entusiasma a los otros. Y en el horizonte del camino hay una **cruz**

clavada en la tierra y no un cielo azul abierto a esperanzas madrugadoras.

Piérdase de vista este camino, reflexiónese sobre él; piérdase de vista este Jesús que camina y quedémonos con la animación consejera; piérdase de vista la cruz y miremos el cielo azul... entonces estaremos enmascarando una realidad y llamándola seguimiento.

I.- El seguimiento como enmascaramiento del compromiso

Mc. 9,1-9

Una forma de enmascarar el compromiso y de profesar un falso seguimiento, viene puesto de relieve por la actitud de Pedro en el monte Tabor. "Qué bueno es estar aquí!"

Cuando el hombre se queda en las cimas elevadas de la oración o, por aquello de la ironía, permanece en una actitud aparentemente semejante, aunque realmente opuesta, es decir en la cima gloriosa de instituciones, entonces es relativamente fácil persuadirse que se está siguiendo a Jesús. Hombre de oración o funcionario de alta dignidad... ¡qué bueno es estar aquí! ... persuadidos de seguir a Jesús o porque no estorba a nadie a seguirle al modo como ellos lo entiendan; o porque entiende favorecer con la oración la acción de los que, por su compromiso práctico propenden a "materializarse". Se enmascara el compromiso con la firme persuasión de que el seguimiento implica también la necesidad de aquellos que "se quedan en las altas montañas", para guiar desde allá a los que trabajan en la planicie ruidosa, callejera y contagiosa de la injusticia.

Mc. 9,14-29

Hay otro tipo de seguimiento que enmascara el compromiso liberador. Se trata en este caso de la persuasión, buena voluntad, de seguir a Jesús por el solo hecho de ser "dispensadores de las gracias liberadoras". Nótese bien que este tipo de seguimiento hace reposar la propia responsabilidad del compromiso en la sacramentalidad de los actos que se ponen, porque se distribuyen "gracias liberadoras"... En suma, es enmascaramiento de seguimiento, por el hecho que el discípulo se torna un mero ministro, creyéndose por esto dispensado de compromiso personal.

Jesús bajaba de la montaña del Tabor, y sus discípulos estaban tratando de dar al traste con una situación de opresión, por el solo hacer uso de los poderes de Jesús. Estaban actuando como verdaderos ministros de las gracias liberadoras de Jesús, pero olvidaban que esas gracias son liberadoras no precisamente en virtud de un poder mágico, sino por el compromiso personal de Jesús.

Muy acertadamente escribe Marcos, que los discípulos que tal seguimiento practicaban, queriendo terminar con la opresión del pecado por la pura dispensación de gracias sin que ellos se sintieran afectados por compromiso personal... esos "seguidores no pudieron"! (mc. 9,18) liberar al hombre de la opresión.

Mc. 9,42-50

Una forma de seguimiento que contrasta rotundamente con los dos modos anteriores, es el del discípulo que quiere poner autenticidad en su vida por el compromiso efectivo. En este caso, el discípulo no se contenta con teorías sobre el seguimiento, sino que quiere encontrar sentido a su compromiso en el compromiso mismo, hecho real y efectivo, teniendo como maestros a los pobres marginados y oprimidos, como universidad la situación misma de opresión. Se trata en suma, de un seguimiento que ha tomado en serio la necesidad práctica del compromiso.

El enmascaramiento puede entonces presentarse aquí en el modo cómo quiere

hacerse cumplida la promesa. Hay, efectivamente, en este tipo de seguimiento comprometido, la propensión a identificar al pobre con Jesús y su situación con la cruz. Se trata de una nueva forma de espiritualidad o de mística, muy persuasiva por cierto, pero finalmente engañosa y enmascaradora. Ciertamente lo será, cuando la ecuación Jesús pobre, me hace finalmente quedarme con el pobre; y la ecuación cruz situación alienadora, me hace quedarme con la situación alienante.

Entonces, puede suceder que ya no camine más con Jesús ni que vaya hacia la cruz. Finalmente, se puede perder el camino aun cuando se busque el compromiso efectivo de la liberación.

Mc. 10,17-22

Los buenos deseos y la buena voluntad pueden marchar de común acuerdo con una vida honesta, en el cumplimiento de los mandamientos. Pero, también este tipo de seguimiento de Jesús puede ser enmascarador del compromiso.

Cuando, materialmente hablando, el hombre posee todo lo necesario para vivir bien, entonces se presenta mucho menos la tentación del robo, del crimen y quizá también de la prostitución... En situaciones holgadas, materialmente hablando, es relativamente fácil cumplir con los mandamientos. No así, en situaciones de miseria, cuando el hombre se despierta porque el estómago está vacío y se despierta con la zozobra de un nuevo día ¿qué comeré? ¿qué daré a mis hijos? ¿cuánto tiempo más y no me pondrán fuera de esta parcela de tierra que ocupo? ...

En situaciones halagüeñas y materialmente propicias, qué fácil es decir: "Señor, todos estos mandamientos los he cumplido desde mi juventud" (mc. 10,20), pero... ¿se está siguiendo a Jesús?

Mc. 10,28-31

Hay una forma de seguimiento del que raramente se duda que lo sea, porque la consagración de la persona al servicio de Cristo en el compromiso del cumplimiento de los consejos evangélicos lo respalda. Sin embargo, haberlo dejado todo, padre, madre, hijos y esposa puede todavía que no sea de verdad seguir a Jesús. ¿Puede serlo acaso, si este tipo de seguidor se estima con derecho de compartir lo que no asume personalmente con sus consecuentes responsabilidades? ¿O puede serlo, cuando en nombre de la pobreza evangélica se cree con derecho de poder compartir la riqueza de aquellos que se hicieron ricos a costa de empobrecer a otros?

¿Qué tipo de compromiso estima haber asumido aquel que hace estribar su seguimiento en "haberlo dejado todo y seguido a Jesús" (mc. 10,28) si con esto se cree con derecho a exigir una recompensa?

Mc. 10,35-40

En la fila de los seguidores de Jesús no faltarán los sinceramente convencidos de que no hay mayor responsabilidad que la de cargar con la cruz de la autoridad. Y la verdad, que también se puede seguir a Jesús por este camino. Pero, al mismo tiempo, no hay quizá forma más desmascarada de enmascaramiento del compromiso liberador.

Un seguidor de Jesús que ha entrado en este camino viviendo la honestidad y la virtud solamente para poder acceder al poder de gobierno, ¿puede acaso buscar el compromiso en lo que para él es su recompensa? ¿Puede considerarse seguidor de Jesús por este camino, quien luego de haber llegado al poder se descuida o simplemente se olvida de aquellos que siguen siendo lustradores de zapatos o barrenderos de calles, sólo porque

estos no vivieron la honestidad para alcanzar un poder?

En situación de opresión e injusticia, cuán delicada es la autenticidad del seguimiento cuando se desea compartirlo con el poder!

En situación de opresión e injusticia, cuán delicada es la autenticidad del seguimiento cuando se desea compartirlo con el poder!

II.- La cruz, crítica del seguimiento

Encabezando esta actitud crítica de Jesús frente a las diversas formas engañosas de seguimiento, leemos en Marcos 8,34-38 el lineamiento fundamental para todo compromiso cristiano liberador. Más que lineamiento, se trata de un imperativo categórico, puesto que está formulado en forma dídctica por oposición complementaria, y es esta la forma usual bíblica para determinar el carácter perentorio e irrevocable de un mandato.

Es esta la razón por qué cuando Jesús dice "quien quiera poner a salvo su vida la perderá, más quien perdiere su vida por el evangelio la salvará", se enuncia la absoluta necesidad de la cruz para dar sentido liberador al seguimiento de Jesús.

Mc. 9,9

La cruz desenmascara al seguidor que pretende serlo sin caminar por la planicie de la injusticia donde el hombre vive bajo la opresión y el pecado. La cruz desenmascara esas formas de oración y de encumbramiento por el desempeño de altas funciones, que pretenden dar altura a la cruz, cuando en realidad solamente el compromiso de la cruz da altura a la oración y a las funciones para el servicio. Pero algo más está definitivamente claro y es que la cruz da altura de compromiso liberador solamente desde el compromiso mismo con los oprimidos.

Mc. 9,29

Desenmascara también la cruz a todos aquellos pretendidos seguidores que no asumen ningún compromiso personal en el desempeño del ministerio de lo que encubridoramente llaman, gracias liberadoras. La crítica de la cruz se hace en este caso por el ayuno y la oración, dos actitudes netamente evangélicas indicativas de una actitud de compromiso personal: el ayuno como actitud de compromiso personalmente asumido con todos aquellos que no pueden permitirse el lujo de ganar gracias divinas por el ayuno, por la sencilla razón de que nunca tienen algo de qué comer; y la oración, como actitud personal de asumir el grito angustioso del pobre ahogado en su garganta por miedo a la violencia represiva.

Mc. 9,50

Tampoco deja tranquilos, la cruz, a aquellos seguidores que tras el compromiso sincero y efectivo esconden sin embargo, una falsa promesa de liberación. No se le crítica su encarnación en el dolor ni el asumir personalmente el sufrimiento del pueblo. Más bien, se pone al descubierto el peligro real para este seguidor de perder de vista la cruz que da sentido liberador al compromiso, y perder de vista a Jesús clavado en la cruz que es la promesa de la liberación.

Comprometerse en un seguimiento en donde no hay más camino ni cruz ni crucificado, es hacer cumplido aquello de "la sal que pierde su sabor". ¿Para qué sirve más...?

Mc. 10,21

La cruz obliga así mismo a quitarse la máscara pulcra a aquel seguidor que desde su vida holgada se complace en ser fiel cumplidor de los mandamientos. Cristianos practicantes asiduos del culto, pero que escogen sus propios pastores y sus propias iglesias para concertar su culto en horas y días en que no tengan la amarga "gracia" de rezar junto con los que, por su vida marginada, tienen que robar y prostituirse.

La cruz obliga a estos seguidores a abrir los ojos para que se den cuenta que las palabras de las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús tienen su clara correspondencia en los pobres que abarrotan el camino de Jesús, mendigos, hambrientos, perseguidos y despreciados. Obliga la cruz a este seguidor a sacudir su falsa seguridad y su seguimiento a medias: "una cosa te hace falta, anda, ve y vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y entonces ven y sígueme".

Mc. 10,42-43

Se desenmascara por fin, a aquellos que se valen de la cruz que cuelga sobre sus pechos para hacer pasar su persona. Cargan con una cruz, es cierto; pero no se sabe más si buscan que la gente se incline ante ella o ante sus personas. La cruz y el poder sólo tiene un sentido: el de servir a los más necesitados, haciendo efectiva la justicia para ellos.

CUARTA PARTE: Segunda alternativa fundamental: la cruz o la espada

La cruz, crisis del poder para la liberación.

Marcos 11, 1 a 15,32

Cuando Jesús terminaba su predicación pública, se daba cuenta de la imperiosa necesidad de formar un pequeño equipo de hombres comprometidos para la liberación evangelizadora. Jesús comprendía cada vez más y mejor, en el frente del boicot que los poderes socio-políticos hacían de su obra, la necesidad de dar a su obra liberadora una forma social y un poder político para llevarla a su cumplimiento.

Jesús había llevado a cabo parte de esta obra. Pero, ni siquiera su recia personalidad pudo contrarrestar la astucia de los poderes que sabían cómo tirar las cuerdas flojas de un pueblo marginado. Ahora que Jesús veía llegar su hora, necesario era formar un equipo, darle una forma social y un estatuto de poder.

Pero, ¿qué poder?

I. Poderes para la alienación

Mc. 11,1-11

La tradición popular judía había aceptado como un hecho consagratorio de una persona y de su obra, el poder entrar a Jerusalem en tiempos de Pascua recibido por el regocijo y los vítores del pueblo. Esto explica la inquietud de las autoridades opresoras cuando ven a Jesús entrar a Jerusalem vitoreado por el pueblo.

Se comprende fácilmente que la tentación para un tal hombre era grande, sentirse agrandado por el poder que le ofrecía el entusiasmo del pueblo. De esto a la demagogia, sólo había un paso. La tradición cristiana estaba muy consciente de ello, cuando narra la tentación del demonio en el deseo de convencer a Jesús a tirarse del pináculo del templo, ante las muchedumbres reunidas en Jerusalem para la pascua (Mateo 4,6-7). Tentación tanto más grave cuanto que muchas veces se la quiere justificar con planteamientos teológicos: "escrito está, vendrán los ángeles y te recogerán entre sus brazos"...

Pero, ¿qué eficacia liberadora puede tener un poder que se termina con el entusiasmo de un pueblo? Entusiasmo tanto más hueco cuanto que nace de un estado de opresión y de miseria.

Mc. 11,15-33

El mismo interrogante vale para otro tipo de poder, el poder religioso. Lo practicaban los sacerdotes de la ley y los fariseos. Sus armas eran el culto y la religiosidad del pueblo. Pero el poder les venía por otro rubro.

Guardianes de la religiosidad del pueblo, estos jefes sabían hacer cálculos con la fe del pueblo. Habían logrado legalizar los diezmos y la renta debida al culto, a parte de que habían puesto en pie una forma de comercio sagrado. Para todo tiempo, pero especialmente para el tiempo de la pascua, Jerusalem era el lugar de peregrinación por excelencia. El comercio tenía siempre éxito; pero sobre todo el comercio que tenía su puesto en los recintos del Templo mismo y este comercio, lo controlaban más cerca los jefes religiosos. Sin duda, que este comercio del templo tenía muchos más clientes que el comercio de la plaza pública, por lo mismo que sacerdotes y fariseos eran encargados de controlar todo el comercio.

No es difícil entender que el poder religioso de los sacerdotes y fariseos por este medio haya incidido en la gestión misma de los bienes públicos y con ello se haya agenciado un poder político. ¿Cómo pudieron si no, los sacerdotes y fariseos, movilizar la gente que había aclamado a Jesús en su entrada a Jerusalem, para que fueran a gritar su muerte en cruz?

Mc. 11,27 a 12,40

Otro tipo de poder que redundaba en la alienación del pueblo, se fundamenta en el monopolio del poder. Se trata en este caso de complicar la realidad con teorías sabias y leyes sutiles, cuya interpretación y aplicación solamente es desmarañada por los peritos. Esto contribuye a marcar acentuadamente las fronteras entre la élite dirigente y la masa que está a merced de sus manos.

Sacerdotes y ancianos, junto con los fariseos eran los que manejaban este poder. En varios puntos, los evangelistas nos dan un claro reflejo de este tipo de monopolio del poder. En San Juan 9,34, por ejemplo, leemos el severo reproche que las autoridades formulan contra uno del pueblo que pretende, según ellos, enseñarles. En Marcos, capítulo 2,18-28 es severamente criticada la actitud de los discípulos de Jesús discordante con lo establecido por los encargados del orden y se manifiesta también el descontento por interpretaciones que no van de acuerdo con las impartidas por estas autoridades.

Qué otro sentido puede tener el cuestionamiento al que someten a Jesús: “¿Con qué potestad haces estas cosas? ¿O quién te dio potestad para hacerlas? (mc. 11,28); ¿Es lícito pagar el tributo al César?” (mc. 12,14); “¿en la resurrección, de quién será mujer, la que en este mundo se casó con siete hombres?” (mc. 12,23); “¿Cuál es el mandamiento primero?” (mc. 12,28)... Aparentemente, todas estas preguntas manifiestan un interés por aprender algo nuevo; pero la realidad es otra, se trata más bien de una indagación sutilmente hecha para poder tender una trampa a Jesús y poder acusarle públicamente de rebelión contra el orden y las leyes y las enseñanzas establecidas.

Mc. 14,43-46

El poder militar y policíaco, controlado en tiempos de Jesús por la guardia herodiana y la romana, no escapa tampoco al peligro de constituirse en poder para la alineación del pueblo. Hacían vigente este poder por una red de espionaje y la practicaban

a un precio muy bajo como es el soborno (mc. 14,10-11). Lo que no dejaba de crear un clima social políticamente vulnerable, precisamente por el amplio margen que daba a la inmoralidad.

Mc. 14,53-64

En fin, ¿qué podía esperarse de un jurado constituido de miembros de una autoridad que se mantenía en el poder por el engaño, el soborno y por la aplicación caprichosa e interesada de la ley? El poder judicial en manos de corrompidos y mantenedores de un orden socialmente injusto no escatima las ventajas que le ofrece la injusticia. Sus armas son la mentira, el soborno y hasta el perjurio.

¿Qué justicia puede esperar el inocente de aquellos que están acostumbrados a quitar hasta el último centavo a la viuda y desamparada? (mc. 12,40); ¿qué justicia puede esperarse de los que sobornan a los testigos y practican trampas "legales" para hacer caer al inocente, al que hay que hacer desaparecer de la circulación a toda costa? (mc. 14,64).

II.—La cruz, crítica del poder alienador

El relato evangélico sobre la maldición de Jesús a la higuera estéril parece curioso y de difícil explicación. Sin embargo, su mensaje es de gran relieve para nuestra lectura del evangelio de Marcos.

La frondosidad engañosa de la higuera simboliza el engañoso aparato político y legal montado por las autoridades, con toda naturalidad del caso, para engañar el hambre de los pobres hambrientos. Se trata de una frondosidad demagógica, exuberancia de palabras prometedoras, maravilloso prestigio de personas, fingidas grandezas, propagandas montadas con la pretendida finalidad de alcanzar un poder para seguir engañando la miseria del pueblo

Un pueblo que acata este tipo de poder, es como una higuera, puesto que se identifica con esa autoridad; pero una higuera cuyas raíces están secas (mc.11,12).

Crítica también Jesús desde la cruz asumida personalmente el tipo de poder demagógico. Y lo manifiesta claramente cuando violentamente echa fuera del Templo a los vendedores, sin importarle en lo más mínimo que esa misma gente le haya vitoreado antes cuando entraba a Jerusalem. Tanto entusiasmo puso el pueblo para aclamar a Jesús, otra tanta violencia pone Jesús para borrar ese pretendido poder por la demagogia.

Crítica Jesús por el mismo camino, el poder religioso que se ha confabulado con una forma de influencia y de control con el filo del arma del hambre y la miseria de un pueblo. Un poder religioso que hace comercio con lo sagrado no merece menos de parte de Jesús, que una actitud violenta, como es la de desbaratar el comercio del Templo.

No menos crítica es la actitud de Jesús frente a la arrogante y el pretendido monopolio del saber de las autoridades judías. "Respondedme vosotros y yo os diré con qué poder hago estas cosas" (mc.11,29); "decidme de quién es la imagen de esta moneda" (mc.12,16). Con estas frases obliga Jesús a la arrogancia a poner de manifiesto su pretendida autoridad por el saber, que no es más que alienación.

Otros evangelistas son más explícitos en la crítica de Jesús hacia la actitud del poder de la espada, cuando el discípulo la desenvaina para defenderse atacando a la guardia herodiana. Marcos no pasa por alto esa actitud crítica de Jesús, pero con mucho más acierto el evangelista Marcos nos hace ver que la crítica de Jesús va directamente a los que practican esta forma de poder, a los que quieren vencer la violencia con la violencia y que, finalmente no hacen más que usar la violencia contra los débiles, indefensos.

“Todos los días estaba enseñando en el Templo, no me arrestasteis”. (mc.14,49). Entonces, quiere esto decir, nadie le arrestó porque no se encontró motivo alguno para arrestarlo. Pero, todo deja entender que la guardia de Herodes, aconsejada por los sumos jefes judíos, practicaba los arrestos a horas de la noche, cuando el pueblo duerme y, de preferencia en el campo y no en la ciudad, donde no hay testigos.

¿Qué forma de poder es éste en tierras donde el pueblo clama por la justicia y la liberación?

En fin. El silencio de Jesús frente a los pretendidos jueces, manifiesta su pública desaprobación de la autoridad que se aprovecha de su situación de poder para alienar al pueblo en lugar de servirle. Guarda silencio Jesús una (mc.14,61) y otra vez (mc.15,5). Su silencio aparece como curioso, para los que no tienen experiencia de la miseria alienadora del pueblo.

La admiración de Pilatos ante el silencio de Jesús manifiesta a luces que esta actitud de Jesús era una actitud de crítica para esos poderes que lejos de servir a la causa liberadora, oprimen al pueblo.

QUINTA PARTE: La justicia de la cruz: esperanza comprometida y liberadora Marcos 15,32–16,8

La narración de la Pasión de Jesús desborda la redacción del evangelio de Marcos. Supuestamente, y así lo afirman los exegetas, la narración de la pasión cobró su verdadera forma mucho más antes de la redacción de los evangelios; por consiguiente, nos parece que, cobra todo su valor y sentido dándole el trasfondo de la tradición cristiana anterior a la redacción evangélica, particularmente influenciada por el pensamiento de Pablo.

Jesús en la cruz: el prójimo

La tradición cristiana, sellada por la predicación paulina, considera la vida cristiana desde sus raíces mismas que es la muerte de Jesús en la cruz. Lo singular sin embargo, es que la vida cristiana arranca de la cruz por mediación de la justicia hecha efectiva por la muerte de Jesús. Porque “la justicia de Dios se ha manifestado... mediante la fe en Jesucristo... en el cual exhibió Dios como expiación, mediante la fe en su sangre, para demostración de la justicia” (Romanos 3,21-26). Es, pues, gracias a la muerte de Jesús en la cruz que la justicia se hace efectiva. Efectivamente, “Dios envió a su hijo . . . como víctima por el pecado, condenando el pecado, para que el ideal de la justicia se realizara plenamente entre nosotros (Romanos 8,3-4).

Justicia para los hombres, cierto, pero siempre justicia de Cristo (Romanos 3,21). Hay en esto algo particularmente importante y es el amor como actualización y efectividad de la justicia para los hombres. Esto significa que la justicia de la cruz es liberadora por el amor que sustenta la muerte de Jesús. Ahí está la razón última de la justicia de Cristo, que es destrucción de la injusticia de los hombres y principio de liberación (Romanos 5,5-7). Y así, la efectividad de la justicia liberadora abre su camino entre los hombres por el amor (Galatas, 5,6). Lo que se dice igualmente por esta proposición: que la justicia de Cristo, el muerto en la Cruz, es liberadora por el amor.

Jesús, muerto en la cruz, es el hombre para la justicia y como tal, tiene un nuevo nombre: **prójimo!** Prójimo es el hombre que marcha libremente al encuentro de los otros, ahí precisamente donde son otros para mí, en el sufrimiento, en el dolor, en la miseria, en el hambre, en la enfermedad... en suma, en la cruz! Prójimo es el hombre llamado a hacer efectiva la justicia entre los hombres, precisamente porque él libera en él mismo y en los demás lo que el egoísmo y el individualismo sofocan, es decir: **llegar a ser uno mismo, plenamente, en los otros.**

Prójimo es el hombre cuya libertad se realiza en la liberación de los otros. Es el hombre cuya palabra no cautiva porque es suya, sino porque es para los otros. Es el hombre que no pronuncia palabras, sino que por sus palabras y sus hechos él mismo se pronuncia, cabe decir, se da él mismo para los otros en el compromiso. Hace público su compromiso, pone al desnudo su persona para desenmascarar al hombre que se refugia tras "buenas voluntades" huyendo del compromiso.

Prójimo es el hombre que clava sus propios proyectos que le llevarían al triunfo, sobre la cruz del sufrimiento de los otros, lo que le puede costar la muerte. Es el hombre cuya promesa no se anuncia para mañana sino en la medida que se hace efectiva hoy.

En suma, Jesús en la cruz, es el prójimo, es decir, el hombre que hace radicalmente cerca de nosotros, lo que de suyo es lo totalmente otro. El pone la semilla de liberación en tierras del pecado, la justicia como grano de mostaza, en la masa de la injusticia: pone a Dios en medio de los hombres!

De modo, pues, que el prójimo no promete trascendencias sino encarnaciones; no promete esperanzas que se esperan sino que se cumplen. Promete, y con ello, compromete, porque su promesa la cumple él mismo con su propio compromiso.

Poniendo en lo más cerca de nosotros, que es el pecado, lo totalmente otro que es Dios, el prójimo inyecta una savia de crisis y de interpelación, poniendo fuego e intranquilidad donde había tranquilidad y frialdad de injusticia. Y esto, porque el nuevo hombre que se llama prójimo es el hombre del amor.

Como hombre de amor, el prójimo, sacude desde su propia seguridad al hombre de la ley, es decir, el hombre cuya justicia consiste en promulgar leyes y en hacerlas cumplir por los otros (Galatas 5,13). Es el hombre que se precia de poder ofrecer las mejores leyes y las mejores codificaciones, leyes para encubrir la injusticia, codificaciones para salvar las apariencias. Hombre de ley es la frialdad misma frente al hombre que sufre. Sufrimiento para él es otro inciso de la ley que debe ser interpretado y en cada caso, recompensado o castigado. Su ley es el egoísmo formulado bajo formas encubridoras de justicia. Su ley se escribe, sin importar primeramente su incidencia en lo real; luego, se cumple, sin importar la concreta situación del otro.

Frente a este hombre de la ley, el hombre del amor establece como criterio para toda ley, la efectividad de la justicia para el hombre en la sociedad (Romanos 13,9). Establece además, que la ley se escribe primero en la efectividad de las relaciones justas y se promulga luego en la liberación efectiva del hombre, "porque la ley entera condensa su plenitud en una sola palabra, en aquello de amarás a tu prójimo como a tí mismo" (Galatas 5,14).

El prójimo, Jesús en la Cruz, por su amor, sacude también desde sus cimientos mismos al individuo. Individuo es el hombre de una sociedad legalista, es "un cada quien", un "cada uno que ve por lo suyo", un "cada cual que vigila por lo propio". Individuo es el hombre en el polo opuesto al prójimo, porque con su individualismo, pretende hacer de los más cercano a nosotros, que es la injusticia, lo totalmente otro. Es así que promulga ley inviolable y eterna su propio egoísmo, hecho ley y codificado en constituciones. Constituciones que, en virtud de esta nueva religión son "sagradas". Una religión en la que lo inviolable es violado y lo violado es constituido lo inviolable! Individualismo que ignora el amor y que hace del "hombre" un ser trascendental, sublimación de lo realmente real que es el individuo.

Con la muerte de Jesús en la cruz, este velo "sagrado" se desgarró y queda al descubierto la mentira: detrás de ese velo no estaba más la justicia de Dios, era simplemente un velo encubridor de las injusticias legales de un sistema religioso

individualista y opresor.

La cruz de Jesús: efectividad para la justicia

Jesús en la cruz, es el prototipo del prójimo y, por consiguiente, algo radicalmente otro que el puro "deseo de" comprometerse. Porque la cruz, como aceptación concreta de compromiso es lo que hace imposible y sin sentido las relaciones de pura intencionalidad. Frente a la cruz, los "hombres de buena voluntad" son los que se quedan a medio camino (mc. 10,17-22). De este tipo de hombre se puede seguir esperando que la paz y la justicia sean posibles, pero hasta que no se comprometan, aquella esperanza se quedará siempre en la mera posibilidad del "buen deseo".

Hay un texto de Isaías, en el capítulo 53,12 que fue iluminador para los primeros cristianos en su esfuerzo de comprender la muerte de Jesús en la cruz. No fue nada fácil para aquellos hombres, comprender el alcance y el sentido de la muerte de Jesús nada menos que en el patíbulo reservado a los hombres que habían perpetrado disturbios públicos, delictosos o revoltosos, en detrimento del orden establecido. Jesús, muerto en la cruz, no podía menos que reflejar ese tipo de hombre. Y sin embargo, su personalidad, su talento, su palabra y su poder le habrían valido de parte de la sociedad poderosa de su tiempo, un lugar dentro de los recintos de su sociedad (mateo 4,8-9). Al negarse Jesús esta comodidad barata y al asumir su propio compromiso con los pobres, se ponía en contra de lo establecido por aquella sociedad y se estaba buscando con ello su propia muerte en el patíbulo de la cruz.

A la luz del texto de Isaías, se comprende que la muerte de Jesús en la cruz es la negación efectiva de la injusticia. Contado entre los malhechores, Jesús al asumir su estatuto, destruye en su propio cuerpo la injusticia hecha carne y hueso en los así considerados malhechores, por la sociedad. Destruye sin embargo también, la injusticia de los "bienhechores"; porque al morir el justo por los injustos, Jesús asume libremente la situación del oprimido para dar rienda suelta a la injusticia de los opresores y así poner al desnudo el juego de la injusticia con máscara de justicia.

Cuerpo destruido de Jesús, cuerpo desnudo de Jesús, es la cruz misma hecha compromiso en la vida de hombre. Cuerpo destruido, es decir compromiso que libera al oprimido, en su propia situación de alienación, rechazada al mismo tiempo como situación aceptada. Cuerpo desnudo de Jesús, es decir compromiso de liberación de los opresores también, por la práctica imposibilidad de seguir perpetrando la injusticia en medio de un pueblo que, consciente de su situación y despierto a la denuncia, pone al desnudo el cuerpo delictoso e injusto de la sociedad opresora.

De modo, pues, que cuando la tradición cristiana lee el texto de Isaías 53,12, descubre en la muerte de Jesús su más profundo sentido liberador. Precisamente, porque en esa muerte y a la luz de ese texto profético, la tradición cristiana ve cumplidas las promesas de justicia anunciada por los profetas. Justicia anunciada como algo cumplido (Isaías 5,7), cuya efectividad los profetas formularon en su apretada fórmula binómica **derecho y justicia.**

Derecho y justicia, quiere decir en el pensamiento de Isaías y, en general, en el de los profetas, la presencia de Dios que libera efectivamente entre los hombres. Efectividad que se consigue por una participación del hombre mediante la ley, como expresión de efectividad y cumplimiento y como negación de los meros deseos y buenas voluntades. Pero hay algo más implicado en el binomio **derecho y justicia** y es que el hombre, tan propenso a dictaminar leyes al capricho de su egoísmo, se ve en la obligada situación de dictaminarlas de acuerdo a la justicia; porque únicamente será garante del orden público, aquella ley que hace efectiva la justicia entre los hombres (Isaías 1,27).

Particularmente en el pensamiento de Isaías, aparece una dimensión muy peculiar de la justicia y del derecho. Pensamos en la dimensión política. Según Isaías, el trono del Rey, es decir de Dios, descansa sobre su pedestal que está hecho de derecho y de justicia (Isaías 33,5). Y cuando Dios decide compartir con el hombre su poder, entonces hace sentar a David sobre un trono que descansa sobre el derecho y la justicia.

En esta dimensión política de la justicia aparece con más precisión el carácter liberador de la cruz, como práctica de la justicia, puesto que en la gestión política no son las intencionalidades las que cuentan, ni las buenas voluntades, sino las efectividades. No son las buenas conciencias las que transforman las estructuras ni los virtuosos deseos predicados los que cambian al hombre: solamente la práctica efectiva de la justicia que se hace presente allí mismo donde hay injusticia, en las relaciones públicas de los hombres.

De modo pues, que el anuncio profético de la justicia liberadora, hecha efectiva por la cruz de Jesús, anuncia y hace efectiva, por una parte, la justicia en su forma de legalidad como práctica de la justicia, y se supera así las puras intencionalidades; por otra parte, la justicia contra la injusticia, una práctica contra otra práctica, para superar la alienadora justicia que se presenta con visos de "obras de caridad", que no es más que otra forma de jugar a la injusticia con cara de justicia.

De modo que los liberadores, ante los "bien-hechores" aparecerán como "mal-hechores". Del frente del pecado con la gracia, la gracia desenmascará la apariencia de gracia que esconde al pecado. Se descubrirá públicamente, lo que hay de mal-hechor en el "bien-hechor". Entonces el que había sido contado entre "los malhechores", habrá liberado a los "bien-hechores" de su apariencia encubridora, serán interpelados a asumir su puesto entre los "malhechores": no les quedará otra alternativa, o asumen la responsabilidad que les costará ser contados entre los "malhechores" o desaparecerán de la tierra; porque esta tierra fue prometida a "los que son contados entre los malhechores".

En suma, el cuerpo muerto de Jesús en la cruz, pone vida a la materia muerta de la cruz, como símbolo de la estructura congraciada con la injusticia. Donde quiera haya una estructura que enclava al hombre para reducirlo a la muerte misma, allí está presente el cuerpo muerto de Jesús que da vida por la justicia: en el dolor de la tortura; en el sufrimiento de la persecución, en la privación del amor de la esposa, dentro de los fríos muros de una cárcel; en la absoluta obligación de vivir la libertad donde el hombre se ve prácticamente privado de ella.

La cruz de Jesús es una vocación a la violencia: a la violencia de la justicia que destruye la violencia de la muerte que camina entre los hombres y tiene una cara de injusticia.

La justicia de Cristo: evangelio de la esperanza liberadora

La expresión es de Pablo en Romanos 3,21: **la justicia de Cristo**. Y es que con San Pablo, la tradición cristiana considera la justicia como una virtud eminentemente cristológica.

Efectivamente, la tradición cristiana confiesa su fe en la trinidad y lo hace muchas de las veces atribuyendo al Padre el don del Espíritu; al Espíritu el don de la vida; y a Jesucristo el don de la justicia. Esto significa que, el Padre da al hombre el Espíritu en virtud del cumplimiento de la promesa; el Espíritu nos da la vida para hacer cumplida la promesa y Cristo hace efectiva la promesa por su muerte en la cruz. Esta doctrina puede leerse en las cartas de Pablo, desde la más antigua a los Tesalonicenses hasta la última a los Efesios.

Las consecuencias son obvias e imponderables. Porque, por una parte, la justicia de Cristo es tan real como real es el pecado que pretende destruir; pero al mismo tiempo, la justicia de Cristo es efectiva, solamente en el sentido de la cruz, es decir como práctica y no como intencionalidad. Porque solamente la práctica de la justicia hace del don, una virtud para los hombres.

Hay sin embargo, otra consecuencia igualmente importante. Y es que desde la muerte de Jesús en la cruz, se origina una crítica a la estructura misma del pecado, hija legítima de la ley humana, es decir, de la ley que sustenta situaciones de injusticia. Efectivamente, la ley dejada a sí misma, la ley de los hombres, sólo se preocupa por poner "orden" sin importarle que lo que trata de ordenar son elementos de una circunstancia injusta. Así, la ley de los hombres, sin la justicia de Cristo, acaricia la falsa esperanza de la convivencia humana dentro de situaciones de injusticia.

La justicia de Cristo, desde la muerte de Cruz, da origen a la esperanza liberadora. Porque no solamente desenmascara la ley que juega a la justicia con armas de injusticia, sino que por la revelación del prójimo, hace imposible la convivencia del hombre "frente a" o "al lado de", poniendo al hombre contra el hombre, por el fuego revelador de una nueva cara, de un nuevo rostro, de una nueva mirada. La esperanza liberadora se origina de la violencia de la cruz.

La justicia de Cristo o el Clavado en la cruz, no puede ser interpretada desde la piedad y quizá tampoco, desde la esperanza ni desde la fe. Porque, por la justicia de Cristo toda relación del hombre a Dios se hace efectiva en la convivencia proximal. La piedad dejada a sí misma, puede ser un profundo sentimiento de amor y seguir siendo "piedad"; la esperanza como "deseo de" y pura intencionalidad de un mundo mejor, seguirá siendo "esperanza"; la fe misma como expresión de sólido afecto y adhesión intelectual a lo revelado no dejará de ser "fe". Pero mientras el amor mismo, la fe, la esperanza y la piedad no vayan enmarcadas y selladas de lo cristológico que es la justicia hecha efectiva en nuestra convivencia humana, entonces estaremos vaciando la fe, la esperanza, el amor y la piedad de todo aquello que hace radicalmente cerca de nosotros a Dios. Y Dios seguirá siendo el que de suyo es el totalmente otro.

Sin la práctica de la justicia de Cristo, fe, esperanza y amor serán "virtudes"; pero no habrán llegado todavía a realizarse como don para los hombres, lo que Cristo es Jesús muerto en la cruz.

Privados de la savia liberadora, la caridad, la esperanza y la fe misma pueden irónicamente tornarse en los actos más alienantes para el hombre. Únicamente por el compromiso liberador de la cruz, llegan a realizarse como don para los hombres.

San Salvador, Julio de 1975